

verdad, pero –aquí está la novedad–, aborda todas estas cuestiones desde la categoría filosófica y teológica de la paradoja, otorgando prioridad al sentimiento humano, a la percepción, a la capacidad de relacionarse y, sobre todo, a liberarse de uno mismo para poder acoger a los otros y al Otro, descubriendo que uno es un regalo antes de la conciencia de la propia capacidad de donarse.

Para comprender adecuadamente el discurso propuesto en el trabajo de Salvatore Currò, hay que tener presente que este autor se sitúa dentro de la corriente fenomenológica francesa y, en particular, en torno al pensamiento de Emmanuel Levinas, Jacques Derrida, Jean-Luc Marion y Jean-Louis Chretien. Por ello, la lectura del libro puede resultar en algunos momentos excesivamente filosófica y requiere una lectura atenta de los conceptos que utiliza para poder llegar a captar toda la novedad que este autor quiere imprimir en la reflexión y en la acción catequética.

También es bueno señalar que, dado que los capítulos de este libro nacieron como ensayos o artículos autónomos –como hemos indicado anteriormente–, el lector puede encontrar algunas repeticiones, algunos temas que regresan desde diferentes puntos de vista, algunas cuestiones que solo emergen tímidamente en un primer momento y luego se explicitan más claramente. Sin embargo, estos límites se pueden transformar en posibilidades para un estudio más profundo y una verificación de lo que se propone en esta obra.

Por último, nos parece oportuno indicar que el libro está respaldado por el prólogo del catequeta belga André Fossion, de renombre internacional, el cual, apreciando el trabajo realizado por Salvatore Currò, anima a adoptar nuevas formas relacionales con respecto a la formación catequística.

Nos encontramos ante un libro que busca verificación y comparación, y que está dirigido a catequetas, pero también a pastores, educadores, catequistas y animadores pastorales; quiere alcanzar especialmente a aquellos que sienten la necesidad de dar un nuevo horizonte, de tipo *exodal*, más humano y más evangélico, a la catequesis, a la atención pastoral y a la vida eclesial actual.

**Gregorio Aboín Martín**

---

MARTÍNEZ, G., *Eucaristía. Veinte siglos en veinte grandes textos* (Rialp, Madrid 2019). 184 pp. ISBN: 978-84-321-4930-6

Germán Martínez –profesor emérito de las Universidades de Fordham (Nueva York) y San Dámaso (Madrid)– nos ofrece una hermosa antología de textos eucarísticos con el objetivo de que “todos comprendamos mejor y amemos más el Misterio

eucarístico, de manera que lo experimentemos como el centro de nuestra vida” (12). El libro está dividido en cinco partes (I. *Del judeo-cristianismo al mundo greco-romano*, II. *El esplendor de los padres de la Iglesia*, III. *Edad Media*, IV. *De la reforma tridentina al Concilio Vaticano II*, V. *El Concilio Vaticano II y nuestro tiempo*). Cada parte se abre con una breve introducción que intenta describir las características principales –desde el punto de vista eucarístico– del período. Las partes, a su vez, se dividen en capítulos (por ejemplo, la parte I se divide en cuatro capítulos: 1. *San Pablo*, 2. *La Iglesia de los mártires*, 3. *San Justino*, 4. *San Cipriano*). Cada capítulo se centra en un autor (o autores, como el capítulo 2, que se ocupa de san Ignacio de Antioquía y San Ireneo; el capítulo 19, dedicado a san Alfonso María de Liguori, menciona también a Bernhard Häring y Marciano Vidal, aunque después no veo que se explique la aportación de estos autores a la teología eucarística) o en un concilio (17. *El concilio de Trento*, 21. *El concilio Vaticano II: constitución sobre la liturgia*). Los capítulos se abren con una breve presentación del autor o concilio y de su aportación a la espiritualidad eucarística; después se transcribe un texto o textos; por último, se intenta mostrar la relevancia para nuestro tiempo de la doctrina eucarística expuesta. El volumen se cierra con una conclusión final.

Al abarcar veinte siglos de historia, el libro toca multitud de temas que son objeto de discusión por parte de los especialistas. El autor no los rehúye y siempre toma partido. Por ejemplo, se adhiere a la teoría de Jean Daniélou sobre el judeo-cristianismo (tal y como se desprende del título de la primera parte). Aplicada a la eucaristía, le lleva a concluir que “a principios del siglo se pasa ya de la ‘Cena del Señor’ a la ‘Eucaristía’, o acción de gracias que los cristianos celebran el día del Señor. Este paso de la naciente Iglesia judeo-cristiana al nuevo mundo cultural griego conlleva necesariamente ciertas adaptaciones. Así, desaparece el marco de una comida, el convite judío, participado comunitariamente por todos” (31-2; cf. también lo que se dice sobre esta transición en las páginas 20-1). En el debate sobre si el gnosticismo monista y dualista, opta por esto último (30). Considera que san Cipriano es la figura más representativa del siglo III (39). El autor se suma al juicio de Gesteira sobre san Anselmo: “Anselmo de Canterbury será en el siglo XI un buen exponente de esta forma de comprensión individualista, tan poco eclesial, de todo el misterio de la salvación, concebida no como una comunión vital, sino como una relación jurídica de la persona individual del creyente con la persona individual, pretérita, del Jesús histórico”, etcétera. Como es lógico, en una obra de estas características no hubiera tenido sentido exponer la argumentación científica que fundamenta estas tomas de postura. El autor conoce perfectamente estos debates y los argumentos de las partes (de hecho ha dedicado su vida académica al estudio de los mismos). Por eso, independientemente de que uno pueda estar más o menos de acuerdo con esta o aquella toma de postura del autor, lo que está claro es que no hay ninguna afirmación arbitraria y que todo cuanto se dice está apoyado en argumentos.

En una obra de estas características, lo más difícil suele ser dar con una clave que proporcione unidad a materiales tan variados. El autor la ha encontrado en la

categoría de comunión eucarística. En unas líneas muy bellas que, en mi opinión, condensan la esencia del libro, dice: “Esta espiritualidad de comunión, es decir, el vínculo íntimo entre los que forman un solo cuerpo como Iglesia y participan en el Cuerpo del Señor, está presente en todos los textos eucarísticos de la antigüedad. Los Padres de la Iglesia se hacen eco del mandato de san Pablo: si no hay unión en el amor no hay eucaristía. Así lo reafirma san Agustín: ‘Sed lo que veis y recibid lo que sois’” (174-5). El autor considera que a lo largo de la historia esta espiritualidad de comunión ha podido experimentar avances, retrocesos, decaimientos, reformas, pero jamás ha dejado de constituir el corazón de la Iglesia y del cristianismo (cf. 173-174). A mi juicio, Germán Martínez ha atinado con el punto justo y nos ayuda con esta obra a contemplar desde él toda la historia de la eucaristía.

Manuel Aroztegi Esnaola

---

CARVAJAL J.-C., *Sorprendente infancia. Recibir el Reino de Dios como un niño* (CCS, Madrid 2019). 104 pp. ISBN: 978-84-90239-36-0

El mundo de los adultos pasa muchas veces por alto la riqueza de la religiosidad de los más pequeños. A pesar de hablar mucho en la Iglesia de la infancia espiritual, ciertamente nos cuesta adentrarnos en el misterio que acompaña a ese estadio profundo de la espiritualidad.

*Sorprendente infancia* es un libro, sencillo y profundo, que nos invita a introducirnos en esa realidad del sentido religioso de los niños, situándonos bajo su forma de mirar la realidad. Lo hace desde una dinámica que descubre la relación amorosa que el Evangelio presenta entre Jesús y los niños. El autor nos sitúa en la atracción que Jesús ejerce sobre los niños y en su propuesta como modelo para los discípulos.

La obra aparece dividida en dos partes ciertamente dispares. La *primera*, en la que se fundamenta la acción de Dios con los niños, la particularidad de los más pequeños en su relación con el Misterio, y la acción de los educadores para contribuir al crecimiento del ser originario invitado por Dios, desde el principio, a vivir en comunión con Él.

Jesús nos invita en la Sagrada Escritura a nacer de nuevo del agua y del Espíritu haciéndonos como un niño. Su propuesta es la de empequeñecernos y reconocer nuestra dependencia de Dios. A través de la infancia, nos abre un itinerario de maduración para participar de la relación filial que Él mantiene con el Padre.